

historia de dos hermanos

Fela no se creyó que el SIDA existía. Pero, con el tiempo, murió de esta enfermedad. Su hermano anda aún tratando de convencer a los seguidores de Fela de que el VIH es una realidad.

Penhalonga (Zimbabue). **no es éste** un país fácil, pero Lagos, la atestada megápolis de Nigeria, tiene algo de fantástico en medio de sus dificultades. Raro es que transcurran 24 horas sin un apagón y son corrientes los cortes de energía eléctrica que duran semanas. Oficialmente, NEPA refiere las siglas de la National Electric Power Authority, Comisión Nacional de Energía Eléctrica, pero el mundo hace la broma de que significa Never Expect Power Anytime (no cuentas nunca con la electricidad), así que los que pueden permitírselo se han hecho con su propio generador diesel. Pero eso tampoco es ninguna garantía, porque, por mucho que Nigeria sea uno de los principales productores de crudo del mundo, la incuria de sus administradores provoca con frecuencia escasez de petróleo: un investigador del SIDA perdió 3.000 muestras refrigeradas de sangre cuando coincidieron un corte de electricidad y una falta de suministro de petróleo.

¿Agua corriente? Hasta los lagosianos ricos se ven privados de ella con frecuencia; pagan camiones para que les llenen grandes depósitos. Los médicos se lavan las manos con agua de cubos. Llamar a la policía es prácticamente imposible porque, en el dudoso caso de que funcione el teléfono de uno, no lo hará el de la comisaría. Las dictaduras militares han esquilado Nigeria durante la mayor parte de los 39 años transcurridos desde que el país le arrancó la independencia a Gran Bretaña. Una de las trapacerías preferidas de «los chicos del ejército», como se les conoce, consistía en transferir dinero de los contratos del gobierno a cuentas privadas en bancos suizos y pagar comisiones a sus compinches para que firmaran formularios oficiales en los que confirmaban que sí, que el trabajo se había terminado, incluso aunque cualquiera que tuviera un par de ojos pudiera comprobar que no se había hecho lo más mínimo. Los directores de empresas privadas suelen adjudicar contratos al que más soborno pague y muchos edificios de Lagos exhiben carteles que advierten de que «este edificio no está en venta» porque hay timadores que venden casas que no son de su propiedad.

¿Qué es lo que nunca falla en Lagos? El calor, la contaminación, los épicos atascos de tráfico que llaman «marcha lenta» y que atrapan a millones de viajeros durante horas, la mayor parte de ellos sudando la gota gorda dentro de unos taxis-furgoneta llenos hasta los topes. Y Fela.

Fela Anikulapo-Kuti, la estrella del panorama musical internacional, que se casó con 27 mujeres en un solo día y que, normalmente, salía a escena con nada más que su saxo, sus minúsculos calzoncillos y un porro que, tal y como lo describió un escritor, tenía el tamaño de

[sida la agonía de África] parte 2

una pequeña nación africana, un Fela que defendió la cultura africana por encima de todo lo que fuera blanco y que, con una enorme audacia, despellejó con sus mordaces críticas a los gobiernos militares que desvalijaban Nigeria. En su estupidez, el estado aumentó su reputación al otorgarle el definitivo sello de credibilidad del disidente: lo metió en la cárcel. Durante las elecciones democráticas del año pasado, que volvieron a otorgar el poder al antiguo gobernante militar Olusegun Obasanjo, se oía por todas partes la canción de Fela Soldier Go, *Soldier Come* (*Soldado va, soldado viene*), en la que se acusa a Obasanjo y a los demás «chicos del ejército» de manejar una puerta giratoria que lleva al poder.

Pero esa canción no llegó a oírse jamás en directo durante las elecciones, porque Fela murió en 1997 de una enfermedad que él sostenía que no existía, y que desde luego no existía en África: SIDA. No importaba que el hermano mayor de Fela, el profesor Olikoye Ransome-Kuti, hubiera ocupado el puesto de ministro de Sanidad de la nación y lanzado el primer y muy elogiado programa contra el SIDA en Nigeria. Prácticamente la única concesión que Fela hizo a la medicina de los blancos fue la de dejar que Olikoye le pusiera unos puntos de sutura en la cabeza después de que la policía se la abriera. No había enfermedad, prácticamente, que las hierbas africanas no pudieran curar, sostenía Fela, y rechazaba los preservativos porque no eran nada naturales ni placenteros sino una conspiración de los blancos para reducir la tasa de natalidad de los negros. Él estaba convencido, asegura Olikoye, de que «todos los médicos se dedicaban a fabricar el SIDA, incluido yo mismo». Para cuando Fela autorizó que le trasladaran a un hospital, estaba ya tan perdido que nunca llegó a enterarse de los resultados de las pruebas que confirmaban que estaba infectado por el VIH. A los pocos días, ya en coma profundo, se ahogó en sus propios vómitos y murió. Empezó entonces la polémica en torno a la muerte de Fela y, en cierto sentido, en torno a la vida de Nigeria. Increíblemente popular, Fela tenía la capacidad de hacer por el SIDA en Nigeria lo que Rock Hudson, Magic Johnson y Arthur Ashe hicieron en Estados Unidos. Los más apasionados seguidores de Fela -como esas legiones de *chicos de la calle*, sin escolarizar, desempleados, que trapichean, roban y, de vez en cuando, organizan disturbios callejeros para sacar un poco de dinero-constituyen habitualmente los grupos más vulnerables al VIH. Se trata también de los que peor se llevan con la sociedad y con la autoridad, médicos incluidos. Muchos de esos *chicos de la calle* se resisten a creer que Fela muriera de SIDA y su respuesta pone de relieve las complejas formas que la negación del SIDA adopta en el África urbana.

También ilustra el holocausto que está a punto de sobrevenir. Las estadísticas nacionales más recientes de Nigeria, difundidas en 1996, estiman que está infectado casi uno de cada 20 adultos. Ese es ya un porcentaje peligrosamente alto, especialmente porque Nigeria es la nación más populosa de África, el hogar de uno de cada siete africanos. ¿Qué ocurriría si la prevalencia del VIH en Nigeria alcanzara el nivel de algunas naciones del África oriental y meridional, donde más de una cuarta parte de los adultos son seropositivos? Pues que entonces, advierte un nigeriano, (el veterano activista contra el SIDA Pearl Nwashili), «lo que hemos visto en el resto de África sería un juego de niños». Aún así, los esfuerzos de Nigeria en la lucha contra el SIDA siguen empantanados en lo que Nwashili califica de «apatía y negación». Ni siquiera las disponibilidades de sangre son seguras, porque muchas de las numerosas clínicas privadas del país realizan transfusiones de sangre sin analizar. Controlarlas resulta prácticamente imposible, sobre todo porque el en tiempos vigoroso Programa Nacional de Control del SIDA y de las STD (Sexual Transmitted Diseases, o enfermedades de transmisión sexual) va saliendo adelante

[sida la agonía de África] parte 2

a duras penas con 40 millones de nairas al año, que no llegan ni a medio millón de dólares. Además, se tiene la convicción generalizada de que la tasa oficial de VIH del país se ha subestimado, debido en parte a que se calculó sin dato alguno de Lagos, la mayor metrópoli del África subsahariana, una caldera de al menos ocho millones de habitantes que engorda a razón de casi mil nuevos pobladores al día. Como tantas otras de las megápolis de África, Lagos está unida al resto del país por las familias, en sentido lato, de estos inmigrantes y mediante carreteras, ferrocarriles y rutas marítimas y aéreas que convergen aquí. El control del SIDA en Lagos resulta, en consecuencia, de capital importancia para controlar el SIDA en el conjunto de Nigeria. Sin embargo, mientras que sólo un esfuerzo unánime y supremo sería capaz de contener la epidemia en Nigeria, el país sigue atenazado por una actitud esquizofrénica hacia el SIDA, simbolizada por los hermanos Olikoye y Fela: de un lado, un pragmático afrontemos-los-hechos; del otro, una negación de la realidad que está enraizada en una panafricana ideología antiblancos. La resistencia a la realidad de la muerte de Fela se puso de relieve prácticamente con su cadáver todavía caliente. «La médico de Fela se dirigió a mí y me preguntó que qué era lo que debía hacer constar como causa de su fallecimiento», recuerda Olikoye. «Yo le dije: ¿de qué cree usted que ha muerto?. Ella dijo que sería terrible que figurara eso, que el SIDA es una vergüenza. Así que le pregunté si estaba dispuesta a falsificar un certificado de defunción». La doctora cedió.

Al día siguiente, rodeado de la mayor parte de la familia de Fela, Olikoye dio una rueda de prensa en la que anunció que el SIDA había matado a su hermano y facilitó lo que la hija de Fela, Yeni, calificó de «una seria disertación», en la que indicó que casi dos millones de nigerianos eran ya portadores del virus del SIDA y que era preciso que la gente se enfrentara a esta crisis. Para algunas personas, el anuncio supuso ciertamente un golpe. Hay prostitutas que dicen que muchos de sus clientes empezaron a ponerse preservativos a raíz de la declaración de Olikoye. Pero son millones -entre ellos, el hijo menor de Fela, Seun, de 16 años de edad- que no creen que el VIH derrumbara a su héroe. Un *chico de la calle* incondicional seguidor de Fela, Bob *Marlboro* Kuforiji, que vive en una calleja a tope de gente, dice, en un comentario típico, que «no es más que propaganda eso de que Fela murió de SIDA». Según su lógica, «Fela es un gran hombre, uno de los más grandes, así que cómo iba a morir de SIDA». ¿Preservativos? 'Marlboro' no los usa.

Prácticamente toda gran ciudad cuenta con bandas de tipos duros en sus calles, pero los *chicos de la calle* son un fenómeno exclusivo de Lagos, donde han alcanzado una condición casi mítica en cuanto que incordio urbano y amenaza criminal. Organizan disturbios con los que intimidan a barrios enteros a que les paguen o simplemente para saquearlos. Los políticos los contratan para que ataquen a sus rivales o para maniobras de distracción, pero, a la larga, los 'chicos de la calle' no se casan con nadie. El verano pasado, en lo que los periódicos calificaron de «justicia de la selva», *chico de la calle* se enzarzaron en batallas territoriales contra bandas rivales y contra piquetes de ciudadanos, fomentados por sus crímenes y por la impotencia de la policía. Más de 50 personas resultaron muertas, en muchos casos, quemadas vivas.

[sida la agonía de África] parte 2

Victor Inem, un médico del Hospital Clínico de la Universidad de Lagos, estudió a 113 *chico de la calle* y, aunque pocos lagosianos utilizan la expresión, *chicas de la calle*. El 28 por ciento dió positivo en las pruebas del VIH, un índice de infección sólo superado por las profesionales del sexo. Y eso fue hace seis años. No ha habido prácticamente ninguna otra investigación sobre los *chico de la calle*, pero el índice de infección sería hoy más alto, casi con plena seguridad, debido en parte a que los *chico de la calle* se comportan de manera que se exponen a sí mismos y a otros a situaciones de riesgo. Más de la mitad de las mujeres del estudio de Inem se habían prostituido. Uno y otro sexo intervenían en sesiones, auténticos festines de drogas que con frecuencia incluían orgías. Además, una de las formas con las que sacan dinero para drogas y comida es la de vender sangre a clínicas privadas, una práctica que, de creer tanto a los trabajadores antiSIDA como a los propios *chicos de la calle*, todavía se mantiene.

«Hemos salvado a millones de niños mediante la inmunización y el tratamiento de las diarreas infantiles - afirma Olikoye-, pero no hicimos mucho por ofrecerles un futuro. No tienen trabajo, no están escolarizados. Venden chatarra por las calles y están fuera del control de cualquiera». Excepto de Fela. Sacó del arroyo a decenas de prostitutas y *chico de la calle* y les dio un hogar en su comuna, la llamada República Kalakuta, y se granjeó una credibilidad sin parangón en las calles. Pero, por encima de eso, convirtió en arte -su arte- la frustración que tan fuera de sí les sacaba y su sensación de sentirse traicionados. El primo de Fela, Wole Soyinka, habrá ganado el premio Nobel, pero Fela, con sólo cantar en Pidgin, se ganó la devoción de la gente que iba en el furgón de cola de la trágica historia de Nigeria.

La música de Fela conectaba el alto grado de corrupción con las penalidades diarias de la vida en Lagos, desde las condiciones de vida en los barrios bajos de la ciudad -donde, como cantaba él, «ahí viven diez - diez en una habitación» y «duermen en el cubo de la basura»- a los tormentos casi alegóricos de los *molue*, los sofocantes, atiborrados autobuses urbanos de Lagos ->«día tras día, mi gente sube al autobús, 49 sentados, 99 de pie, se aprietan ahí dentro como sardinas en lata hasta que se desmayan». Estos versos evocan «imágenes del comercio de esclavos», indica Babatope Babalobi, miembro de Periodistas contra el SIDA, que escribió su tesis de graduación sobre Fela. Los *chicos de la calle* se limitan a decir que «Fela decía la verdad».

Es pues una cruel ironía que lo que le llevó a la ruina fuera que se engañaba a sí mismo. El humor con que rechazaba los preservativos ->«Una vez que me quito los pantalones -le encantaba decir-, ¿por qué voy a tener que ponerle un pantalón al pito?»- se ha transformado en algo grotesco en la medida en que la epidemia de SIDA ha crecido hasta convertirse en una de las peores tragedias de la historia de Africa. Fela ponía en peligro su propia vida, pero también ponía en peligro las vidas de sus compañeras, muchas de las cuales eran las chicas de la calle que se había llevado a su casa. Con frecuencia, Fela fue objeto de críticas por sus puntos de vista acerca de las mujeres ->«la mujer no tenía otro papel que el de hacer feliz al hombre», declaró en cierta ocasión-, pero el VIH cargó sus actitudes con un arma que tenía poder para matar.

De hecho, la vida de Fela en la República de Kalakuta sería la pesadilla de cualquier educador sexual. En el aire flotaba como una neblina del humo de la marihuana y el *hot*-la ginebra de las calles de Nigeria- fluía sin restricciones. El hijo mayor de Fela, Femi, recuerda que «todo estaba hecho un asco» y que ni uno solo de los *chicos de la calle* que se habían refugiado allí «se dedicaba a hacer algo constructivo».

Femi, que, al igual que su padre, toca el saxo y tiene su propio grupo, Positive Force, que va

[sida la agonía de África] parte 2

estupendamente, dejó la *maría* porque, como explica él, «no voy a hacer lo que hacía mi padre. Yo tengo que trabajar, más que tocar». Esa ética del trabajo, por no hablar de no más *maría*, le ha vuelto impopular entre los tipos duros de la ciudad. Además, Femi llega todo lo lejos que puede llegar un hijo en responsabilizar a su padre de connivencia con la tragedia colectiva de los *chicos de la calle*: «Quieren que me comporte como mi padre y que colabore con la vía por la que están arruinando sus vidas».

Fela respaldó la manera de comportarse que contribuye a propagar el VIH. Pero quizás lo más dañino es que él dio su conformidad a una actitud que hace extremadamente difícil que cambien estas formas de comportarse.

Dominando el callejón Ojuelegbao, en el barrio de Surulere, en Lagos, existe una manzana de pisos de cemento, en los que la colada cuelga de los balcones y varias ventanas aparecen rotas. Bajo él se apiñan pequeñas chabolas de cemento con techos de metal corrugado. El agua estancada se remansa en las alcantarillas al aire libre y los pollos picotean entre las basuras, mientras pían y agitan las alas para escapar de los niños prácticamente desnudos que corretean alrededor. Con su despacioso andar por una calleja, descamisado, *el chico de la calle* Thomas *Boy-O-Boy* Edem, que vivía en la comuna de Fela, insiste en que él no es un ladrón. «Por eso ando trapicheando con esto», dice, mientras sostiene una bolsa de plástico que está a reventar de marihuana. Su otra fuente de ingresos le viene de la cercana parada de autobús. Durante la hora punta de la anochecida, *Boy-O-Boy* se afana rápidamente por entre el caos para recoger su *dash* (su poquito), una palabra de jerga para designar un chantaje. Como el dinero que la mafia cobra por su protección, el pago garantiza que los *chicos de la calle* no ataquen los autobuses.

Nadie está exento de esta extorsión, ciertamente tampoco los trabajadores antiSIDA, a los que se tiene por ricos porque reciben financiación de agencias internacionales donantes. Onemtein Amadi, del NYAP (Nigerian Youth AIDS Programme, o Programa de la Juventud Nigeriana contra el SIDA), recuerda un campeonato de fútbol, organizado por su agencia, en el que el requisito para participar era el realizar un curso sobre el SIDA y responder en el descanso de los partidos a un concurso de preguntas sobre el SIDA. Se apuntaron dieciséis equipos, que sumaban más de 400 jugadores, pero el NYAP no llegó a un acuerdo con los *chicos de la calle*. «Iban a irrumpir en el campo y a interrumpir los partidos -recuerda-. Aseguraron que si no se les daba dinero y ginebra, los partidos no se jugarían». NYAP acabó por contratar a los *chicos de la calle* como guardas de seguridad, un trabajo que les encanta.

Esta es la forma más simple de lo que Amadi llama «el síndrome del dinero», una combinación corrosiva de cinismo y desconfianza que procede de una cultura en la que la corrupción es el rey y la pobreza obliga a tomar decisiones difíciles. Elvira Obike, funcionaria del programa del sector de Lagos de The Society of Women against AIDS in Africa (Sociedad Femenina contra el SIDA en Africa), calcula que «más del 70 % de las estudiantes femeninas de la universidad mantienen relaciones sexuales por dinero para pagarse las tasas de matrícula», casi siempre con viejos verdes. En una cultura donde tantas mujeres se prostituyen y donde los dirigentes políticos roban millones y, en ocasiones, hasta miles de millones de dólares, todo el mundo tiene que formarse una opinión. Y Fela alimentaba su cinismo.

Si siempre quedó claro contra qué estaba Fela, nadie podría decir con precisión a favor de qué. Era un disidente, sin más. Su hermano Olikoye llevó la asistencia primaria a

[sida la agonía de África] parte 2

los pobres de Nigeria, pero Fela le criticaba por colaborar con un gobierno militar. El rechazo de Fela de prácticamente todo lo blanco -incluida la medicina occidental- tenía un carácter fundamentalmente reaccionario, de reacción sin fisuras contra la dominación blanca. Quizá tuviera para él fatales consecuencias, pero en el Africa urbana es una reacción muy corriente. En realidad, es una de las herencias del colonialismo.

Fela se adhirió a las ideas de libertad e igualdad y de unidad africana, pero eran unas ideas nebulosas, poco más que consignas. Entretanto, él gobernaba su comuna como un rey, repartiendo fuertes palizas a *chicos de la calle* que no estaban con él y satisfaciendo su legendario apetito por la marihuana y el sexo. Fela hizo que pareciera que todo lo que hacía falta para ser un revolucionario era perseguir la propia gratificación personal y despotricar contra el poder establecido.

Ese cinismo socava la educación contra el SIDA. Como explica Edem Effiong, del NYAP, «es posible que la gente no se crea la información veraz sobre el SIDA porque a lo mejor no cree a la fuente de la información». La verdad es que resulta difícil imaginar una fuente más creíble que Olikoye, uno de los escasísimos ministros del gobierno que ha conservado una buena reputación. No importa. *Marlboro* no es más que uno de los muchos que piensan que Olikoye mintió acerca de la causa del fallecimiento de Fela. Preguntado por qué Olikoye iba a afirmar que su hermano había muerto de SIDA de no haber sido así, responde *Marlboro* que «los nigerianos son capaces de hacer cualquier cosa por dinero: incluso venderían a su madre y a su padre». A Olikoye le pagó, se dice entre la gente, el Banco Mundial de los americanos.

También es corriente oír descalificaciones generalizadas de la medicina occidental. Un conductor de autobús, que se confiesa admirador de la música de Fela y que asistió a su funeral, tiene el convencimiento de que Fela no murió de SIDA «porque ese tío sabía cuidarse, con los métodos tradicionales, los tribales». ¿Cree que el SIDA es algo de verdad? «Algo he oído, pero no me lo creo». Un adolescente, vestido con el uniforme del colegio, interviene para decir que él ha leído una octavilla en la que se afirmaba que el SIDA lo habían inventado los americanos porque quieren dominar el mundo.

Algunas personas, la hija de Fela entre ellas, creen que el gobierno debería haber utilizado la muerte de su padre para poner en marcha un programa anti-SIDA. Sin embargo, otros creen que habría sido contraproducente. «Si el gobierno hubiera tratado de utilizar la figura de Fela, habríamos tenido algún disgusto», afirma Effiong, del NYAP. En su opinión, con eso no se habría sino reforzado la negativa a creer que el SIDA va en serio.

El SIDA se introdujo tardíamente en Nigeria. El primer caso se comunicó en 1986, cuatro años después de que se identificara la enfermedad por vez primera en Africa, e incluso entonces, estudio tras estudio, quedó demostrado que el virus no estaba muy extendido. Si bien Nigeria ganó tiempo con ello, también jugó a favor de aquellos que negaban la existencia o la gravedad del SIDA, porque apenas se registraban muertes. Incluso ahora, aquellos que se encuentran en las últimas fases de la enfermedad contrajeron la infección hace entre seis y diez años, por lo que se trata de poca gente, en términos relativos, a diferencia de la malaria, una enfermedad mortal, definida y muy presente. De ahí que activistas como Nwashili, de STOPAIDS, se han estrellado «en el esfuerzo de conseguir que la gente crea que existe el SIDA cuando no existe el SIDA».

[sida la agonía de África] parte 2

Hay signos de esperanza. Es posible que el nuevo presidente de Nigeria tenga un pasado con sus más y sus menos, pero ha multiplicado casi por tres el presupuesto del Programa contra el SIDA, ha comprometido a su gobierno en la tarea de hacer frente a la epidemia - algo que sus corruptores predecesores ni siquiera se plantearon- y ha solicitado ayuda internacional. Olikoye apoyó la elección del nuevo presidente (y eso que su policía asaltó la casa de Fela en 1977 e infligió a su madre heridas que le provocaron la muerte) porque Obasanjo «tiene un punto de perversidad, que es lo que necesitamos en Nigeria». Olikoye dirige además un enérgico movimiento en favor de la seguridad jurídica. Y en el área de aparcamiento de Iddo, un enorme, atestado y bullicioso lugar en el que paran camiones, el educador de STOPAIDS Robert Eselojor se muestra optimista: «Los conductores ya no contratan mujeres o, en todo caso, usan preservativo».

Pero no es eso lo que dicen los tipos más jóvenes que deambulan por el aparcamiento. Entre las francas risotadas de todos los que andan cerca, un fornido camionero proclama que él no se pone condón porque «no se me levanta el pito si me lo pongo». Otro hombre del grupo echa la culpa del SIDA a «esas tías irresponsables» y agita el brazo en dirección a los burdeles. «El único peligro está con ellas -insiste-. Una mujer responsable no va a pillar nunca el SIDA».

Al pie del puente Carter, en la populosa zona de Idumota, castigada por la criminalidad, un grupo de mujeres vocea las menudencias que vende: cigarrillos, jabón, fruta. ¿Usan preservativo sus compañeros? Se echan a reír. «Mi marido -dice uno- no tiene por qué usar un condón, no es un eunuco». ¿Tienen sus maridos amiguitas por su cuenta? «Dos, que yo sepa», responde la primera. «Mi marido es muy religioso y no tiene ninguna», asegura una tercera, que lleva un pañuelo de cabeza, «pero -añade- mi amigo sí que se ha acostado hasta con treinta tías».

En el hotel Royal Crown, pintado de rosa, una profesional del sexo, que dice que se llama Tina, asegura que muchos de sus clientes le ofrecen más dinero si lo hacen sin protección. Con su formación de educadora recibida del sector de Lagos de The Society of Women against AIDS in Africa, Tina insiste en que ella no acepta esa clase de ofertas. Pero, añade, «soy incapaz de mentir: algunas de las chicas, sobre todo las más jóvenes, si ven mil nairas, no se resisten». Entonces, ¿cuántas profesionales del sexo utilizan condón cada vez? Entre las más mayores, unas seis de cada diez, calcula Tina, pero, entre las más jóvenes, sólo dos o tres de cada diez.

Fela no habría resuelto el problema de SIDA de Nigeria. Sin embargo, al igual que músicos como el enormemente popular Franco Luambo, del Congo, o Philly Lutaya, de Uganda, que grabaron discos contra el SIDA poco antes de que la enfermedad acabara con ellos, Fela podía haber hecho que todos y cada uno de los nigerianos sintieran que conocían a una persona que tenía el VIH, con que hubiera aprovechado el plazo de espera a que la muerte se lo llevara a conminar a la gente a que tomara precauciones. Tal y como lo ve, Olikoye cree que su hermano simboliza la negación de Nigeria ante la realidad y, añade, «no sé cómo vamos a superar la barrera de convencer a la gente de que el VIH va en serio». Más allá, en la barriada de Makoko, de Lagos, donde los pescadores han construido un poblado de chabolas lacustres, Frank Ogbonnaya, de 21 años, dice que, el año pasado, se acostó con cuatro mujeres y que, aunque normalmente se pone preservativo con sus parejas ocasionales, no lo usa con su novia fija. El SIDA, afirma, no figura entre sus mayores preocupaciones. ¿Conoce a alguien que tenga la enfermedad? «No conozco a nadie -responde-, salvo si cuentas a Fela, y no creo que Fela muriera de SIDA».